

# Viaje mágico a África

Jordi Llompart



# Viaje mágico a África

# Viaje mágico a África

Jordi Llompart

Traducción de Jorge Rizzo

Título original: *Viatge màgic a l'Àfrica*

© Jordi Llompart, 2009

ORBITA MAX, con INVERCARTERA,  
APUNTOLAPOSPÓ, INVERPYME, MÉS FILMS  
y TELEVISIÓ DE CATALUNYA llevan al cine  
"VIAJE MÁGICO A ÁFRICA". Visita la web de la película: [www.viajemagicoaafrica.com](http://www.viajemagicoaafrica.com)

Primera edición: noviembre de 2009

© de la traducción: Jorge Rizzo  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.<sup>a</sup>  
08003 Barcelona.  
[info@rocaeditorial.com](mailto:info@rocaeditorial.com)  
[www.rocaeditorial.com](http://www.rocaeditorial.com)

Impreso y encuadernado en Rodesa  
Villatuerta (Navarra)

ISBN: 978-84-9918-042-7  
Depósito legal: NA. 3.040-2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Jana, y a todos los niños y niñas  
que han sentido que su corazón crecía

*¿Os habéis preguntado alguna vez qué hay entre nosotros y el universo? Quiero decir, en el espacio que hay entre cada uno de nosotros y las estrellas. ¿Qué hay en ese espacio? ¿Es aire? ¿Luz? ¿Polvo? ¿Partículas invisibles? Todo lo que se junta y se deshace para crear la tierra, el agua, los árboles, los pájaros e incluso a nosotros, las personas. Hay muchas cosas en ese espacio, muchísimas, que apenas podemos ver, pero que están ahí, y todas juntas forman nuestro mundo. A lo mejor ya lo sabíais, pero quizá no. A veces necesitamos encontrar a alguien que nos ayude a descubrir el mundo que hay entre nosotros y las estrellas, y yo encontré a Kabbo. Gracias a él descubrí muchas cosas sobre mí y sobre el universo.*

# CAPÍTULO 1

*T*engo que decir que, cuando nos vimos por primera vez, yo no sabía que él me querría llevar a África y que, una vez allí, me enseñaría una naturaleza muy diferente de la que todos conocemos habitualmente aquí, una naturaleza que aparentemente no se puede ver ni tocar, pero que, en realidad, también existe.

Visitarlo en el Hospital Oncológico de Barcelona supuso el inicio de mi viaje. Recuerdo muy bien aquel día por el aire limpio y claro que se respiraba en toda la ciudad, por el extraño silencio del tráfico por las calles, por la extraña luz de la tarde que robaba las horas de la mañana y, sobre todo, por el temor que yo sentía ante la expectativa de encontrarme, por fin, cara a cara, con Kabbo, el niño del que tan poco sabía y que había obligado a mis padres a buscar por todas las comisarías de distrito, todos los centros de acogida y todos los hospitales. Finalmente, después de meses de búsqueda, mi madre me acompañaba a ver a aquel niño misterioso que había visto un día en una *pizzería* unos instantes y de quien nadie sabía casi nada.

Cruzamos la puerta principal del hospital y nos dirigimos a recepción. Mi madre caminaba con paso firme, convencida de que aquel día acabaría una importante tarea a la que tanto ella como mi padre se habían entregado en cuerpo y alma con tal de hacerme feliz: encontrarlo allá donde estuviera para que yo pudiera volver a verlo. Yo, en cambio, no



tenía nada claro que el reencuentro con él fuera el final de mi misión: al contrario, pensaba que sería el inicio de una misión aún mayor, y no me equivocaba.

—Buenos días. Soy la señora Mercè Ballart y ésta es mi hija, Jana. Venimos a ver al niño bosquimano internado en la unidad de enfermedades graves.

El final de la frase, con las palabras «enfermedades graves», había quedado suspendido en el aire, creando un silencio muy largo que pasé preguntándome cómo se puede medir la gravedad de una enfermedad y quién puede hacerlo con conocimiento suficiente. Tendría que ser él, el niño, quien dijera que su enfermedad era grave, no los demás.

—Pasen. Sigán el pasillo de la derecha hasta la habitación 32 A. Seguramente encontrarán a alguien haciéndole compañía.

14 Mamá me tiró del brazo y nos dirigimos hacia un pasillo que empezaba a pocos metros de la recepción. No parecía que la habitación 32 A estuviera muy lejos. Mamá tenía una expresión muy seria, concentrada como estaba en seguir correctamente las indicaciones. Pese a todo, yo estaba contenta de que me acompañara. Notaba que nuestros sentimientos se unían a medida que nos acercábamos a la habitación, al final de un largo y amplio pasillo, inundado por la mágica luz de tarde de aquella mañana de otoño.

La puerta de la habitación estaba entreabierta, pero no se distinguía nada del interior. Mamá la empujó suavemente y descubrimos una habitación muy grande, de techos altos, habilitada para más de un paciente, como aún ocurre en algunos hospitales públicos antiguos, pero equipada con aparatos digitales modernos. A la derecha había un mueble bajo con estantes y cuentos, muñecos de peluche y cajas de juegos de mesa y, medio colgada de la pared, también había una pequeña bicicleta vieja que sólo podía pertenecer al niño enfermo. ¿A quién si no se le habría ocurrido tener allí una bi-

cicleta? También debían de ser suyas las láminas de dibujos pegadas a la pared a ambos lados de la cama, una cama enorme, de gruesas barras de aluminio y sábanas blancas. En la cabecera, de la que colgaban cables, tubos y una pequeña bombona de oxígeno, se entreveía la cabecita menuda de un niño de piel oscura, pómulos salientes y cabello muy corto y rizado. Reinaba un gran silencio. El niño parecía dormir plácidamente, rodeado por una luz diáfana, filtrada por las cortinas de los ventanales. Mi madre no lo había visto hasta entonces.

—¿Es él? ¿Crees que es él?

Mis ojos estaban clavados en aquella cabeza menuda e inmóvil. Tardé unos cuantos segundos en responder. Me sabía mal alterar aquella paz y el sueño tranquilo del niño. Respondí en voz baja:

—Sí. Éste es el niño.

Mamá soltó un gran suspiro, me miró y sonrió satisfecha. Lo había conseguido. Había conseguido llevarme hasta la persona que yo deseaba reencontrar desde hacía tantas semanas. Por fin la teníamos delante. Pero no éramos los únicos. Una voz ronca tosió de pronto a nuestras espaldas. Las dos nos giramos, desconcertadas.

—Perdone. No nos habíamos dado cuenta de que estaba usted aquí —se disculpó mamá—. ¿No será usted su madre?

—No, no soy su madre —respondió con la voz muy rota.

En un rincón, sentada en un pequeño sofá, había una mujer de piel oscura vestida con una larga túnica muy llamativa, con muchos dibujos y colores, y un turbante que le envolvía la cabeza. Vestía como mucha gente del centro y del sur de África, que muestran con orgullo los colores de una felicidad que no se compra, sino que se hereda de padres a hijos. Era una señora mayor, de unos sesenta años; sonreía cordialmente y nos miraba a través de los gruesos cristales de unas grandes gafas de pasta. La voz áspera y ronca disi-

mulaba su voz real, seguramente mucho más cálida. Explicó quién era en realidad:

—Yo me ocupo de él. Mi marido y yo somos los únicos que hablamos su lengua por aquí.

—¿Dónde están sus padres? —insistió mi madre.

—Los perdí... Los tres llegaron a Europa como inmigrantes ilegales. Ya sabe, cruzando el mar en una patera... Una vez aquí, su madre murió de una enfermedad incurable y poco después, un día y no se sabe muy bien cómo, al padre se lo llevaron los demonios que todos llevamos dentro... —Y tosió de nuevo como si ella también tuviera demonios en los pulmones.

La respuesta nos dejó de piedra, impresionadas ante una historia tan trágica, y sorprendidas por la naturalidad con que nos la había explicado. Pero mi madre, consciente de que había llegado el momento de saber más del niño, continuó preguntando:

16

—¿Qué le ha pasado? ¿Por qué está ingresado?

El tono serio e inquisidor de mi madre demostraba que no estábamos en aquella habitación por simple curiosidad o por accidente. La mujer se incorporó pesadamente del sofá donde estaba sentada para responder a mi madre. Mientras tanto, yo daba un par de pasos hacia la cama, mirando fijamente al niño.

Cuando se puso de pie y retomó la conversación, la mujer escogió las palabras con mucho cuidado y tratando de demostrar compasión y sinceridad. Hablaba como si el vínculo que la uniera al niño fuera tan fuerte como el que sentiría una verdadera madre.

—Vivir en la calle suele traer muchos problemas... ¿No lo ve? Está muy enfermo, pobre... A veces le sube mucho la fiebre, se le va la cabeza y empieza a decir cosas en voz alta. Cuando sueña, dice que quiere volver a casa de sus abuelos, al país de los espíritus de los antepasados, al país de la tierra

roja, de los árboles y los animales que hablan. Pero todo eso está muy, pero que muy lejos. Los sueños se lo llevan muy lejos de aquí.

La mujer se lamentaba en voz alta y el niño, si la oía, debía de inquietarse, como me habría pasado a mí o a cualquier otra persona enferma, a quien no le hace ninguna gracia que los demás se lamenten más de lo que lo haría uno mismo.

Nuestra conversación debió de desvelarlo, porque de pronto me di cuenta de que el niño movía el cuerpo, cambiaba de posición y giraba la cabeza buscando la claridad de los ventanales. Continuaba con los ojos cerrados, pero se movía.

—¡Se ha movido! —dije yo, excitada—. ¿Está despierto? ¿Puedo decirle algo?

—Claro que sí. Seguro que le gusta mucho —respondió la mujer. Y dirigiéndose al niño dijo—: ¡Kabbo, una niña ha venido a verte!

Así fue como oí su nombre por primera vez: «Kabbo». Un nombre que en aquel momento me era completamente desconocido.

—¿Ése es su nombre, Kabbo?

—Sí. ¿No lo sabías? Así es como se llama. Kabbo quiere decir «sueño» en nuestro idioma.

«Kabbo quiere decir "sueño"», me repetí interiormente. Era un nombre misterioso pero cargado de gran significado. Me acerqué a él y le dije:

—Kabbo, Kabbo... ¡Hola! ¿Puedes oírme? —Y añadí—: ¿Quieres venir con nosotras?

Parecía que no me oía, pero al final, sin abrir los ojos, respondió muy bajito, con unas palabras difíciles de entender:

—*Ni i tasi Khae Ke Khao.*

—¿Qué dice? ¿Qué está diciendo? No entiendo lo que ha dicho.

La mujer, que parecía esperar su turno para intervenir, respondió enseguida:

—Ha dicho «Mi corazón sigue en la tierra». El corazón de un bosquimano siempre vuelve a su lugar de origen: a su tierra, al país del desierto, al país sagrado que lo ha visto nacer, al lugar donde los espíritus de los humanos hablan con los de los árboles y los animales.

—¿Kabbo viene de ese país...? ¿Del desierto?

—Sí, y los que nacen en el desierto son una gente muy orgullosa. Porque allí no sólo aprenden a vivir, sino también a sobrevivir.

Mi madre y yo cruzamos la mirada para comprobar que las dos seguíamos el hilo de la misma conversación. Ella no decía nada. Seguro que estaba tan sorprendida como yo. La mujer prosiguió:

—Son gente muy reservada. Guardan sus secretos muy celosamente. ¿Te das cuenta? Él nunca me había dicho nada de ti, de que tenía una amiga.

18 En aquel momento se disparó una alarma de los aparatos de control médico, y el ambiente misterioso del encuentro se alteró de pronto. La mujer perdió la sonrisa y se precipitó sobre ellos para averiguar qué ocurría y qué había que hacer. Desconocía cómo funcionaban aquellos aparatos, y aquello la puso aún más nerviosa.

—A veces estas alarmas se disparan sin motivo. Pero cada vez que pasa, enseguida viene alguien.

Mi madre creyó que había llegado la hora de irse.

—Creo que estamos estorbando.

—¡Oh no! —insistió la mujer mientras miraba a la puerta esperando ayuda—. ¡No se vayan! Estoy segura de que Kabbo está muy contento de que estén aquí.

En aquel momento irrumpieron en la habitación un médico y una enfermera que se pusieron rápidamente a examinar todos los monitores, cables y tubos que mantenían a Kabbo conectado a la vida. La enfermera dijo mientras le tomaba el pulso:

—A ver qué le pasa a nuestro Kabbo... Estoy segura de que no será nada.

A pesar de los esfuerzos de la enfermera por rebajar la tensión, era evidente que no convenía seguir en la habitación. Aun así, yo me resistía a irme:

—¿Por qué no nos quedamos?

—Lo siento, Jana, pero ahora es mejor que nos vayamos.

—Por favor, vuelvan mañana —intervino la mujer.

—Sí. Muchas gracias. Volveremos mañana, en un momento u otro —respondió mamá, al tiempo que me empujaba hacia la puerta.

Fue la última vez que vi a Kabbo en Barcelona. Después de mucho tiempo buscándolo, preguntando por él insistentemente, lo había encontrado en un hospital ingresado a causa de una grave enfermedad. Aquello me entristecía y me preocupaba.

—Está muy enfermo, ¿verdad? —le pregunté a mamá mientras nos alejábamos de la habitación por el pasillo.

—Esperemos que no. Ya has oído lo que ha dicho la enfermera... No será grave.

En aquel momento creí que sería verdad, que se recuperaría. Y pensé que, si volvía, tendría que llevarle algo personal mío para que supiera de mí.

—¡Le haré un dibujo!

—Sí. Buena idea. Seguro que le gustará mucho.

A pesar de lo breve del encuentro, Kabbo y yo nos habíamos llegado a comunicar. Me habría gustado haber tenido una larga conversación con él, pero, en realidad, pese a no haberla tenido, estaba convencida de que él había notado mi presencia, que me había dirigido unas palabras, y yo me había ido del hospital sabiendo cosas importantes de él. Sabía quién era y de dónde venía. Sabía que era un niño bosquimano del sur de África, y también sabía que había una razón de peso por la que nos habíamos reencontrado finalmente.

Kabbo, por su parte, parecía que me hubiera estado esperando. Las palabras que me había dirigido, «*Ni i Tasi Khae Ke Khao*», eran una invitación a compartir su mundo conmigo, y nadie ofrece su mundo a otra persona si no siente que hay una conexión muy fuerte entre los dos. Había algo muy grande entre él y yo. Aquello me hacía feliz; así que la tristeza que sentí al darme cuenta de que estaba muy enfermo se desvaneció ante la ilusión y las fantasías de formar parte de su misterioso y maravilloso país.

A la salida del hospital le pregunté a mi madre:

—¿Cómo debe de ser su país? ¿Existe de verdad un país así? Podría ir a visitar sus montañas, su desierto, y podría hablar con los árboles, las plantas y los animales... ¿Te imaginas?

20 Mi madre no me respondió con palabras. Lo hizo con una mirada tierna y cálida pese a que, detrás de aquel gesto, le invadía una gran preocupación por el niño enfermo y por mis sentimientos hacia él, que eran inexplicablemente intensos. Nadie podía imaginarse en aquel momento, ni yo misma, que mis sentimientos por Kabbo eran tan fuertes que podían llegar a transformar la naturaleza de mi realidad, de mi mundo, para viajar a otros mundos que no me pertenecían.

## CAPÍTULO 2



Aquella noche, en casa, lo pude comprobar después de que mi madre apagara la luz de la mesita de noche con la esperanza de que el sueño se llevara consigo muchas de las emociones vividas en el hospital. La oscuridad del dormitorio no presagiaba nada más que unas cuantas cavilaciones antes de quedar profundamente dormida hasta el día siguiente. Eso creía mi madre, pero se equivocaba, porque no era la mente la que estaba agitada aquella noche; era el corazón, y mi corazón seguía latiendo con la misma intensidad que cuando unas horas antes había estado al lado de Kabbo. Cerraba los ojos y lo veía respirar relajadamente en la cama del hospital, con una leve sonrisa trazada en el rostro. Era una visión plácida y comfortable, como la que sienten los recién nacidos que, después de irrumpir en el mundo con hipidos y gritos de espanto porque abandonan el vientre materno, se dan cuenta de que el aire y la luz también les permiten vivir.

Intentaba dormir y no podía. Tenía aquella visión de Kabbo, mi visión, y parecía tan perfecta que cualquiera habría dicho que era realidad. Allí estaba él, dedicándome aquella pequeña sonrisa, pronunciando de nuevo aquellas palabras misteriosas que no dejaban de resonar en mi interior y que parecían ser su mayor deseo: volver al mundo de sus antepasados.

Durante un largo rato me concentré en revivir todos los

detalles de la visita al hospital. Lo veía todo tan claro y con tanta exactitud que era como si Kabbo estuviera justo delante, muy cerca de mí. Pero a su alrededor no veía ni la cama que lo sostenía ni ningún aparato médico, ni tubos ni cables que lo conectaran. Mi imaginación lo veía flotando en un espacio indefinido, irreal, imposible de describir, sin objetos, paredes ni ventanas. Lo veía todo con una claridad increíble, alguien diría que inquietante, pero no me resultaba nada extraña. Yo seguía concentrada, y mi mente tenía la visión de Kabbo dormido frente a mí en medio de un espacio, el de mi dormitorio, que se iba confundiendo y diluyendo en un halo blanco y vaporoso cada vez más intenso.

24

El corazón y la mente estaban completamente quietos, concentrados en una sola visión, la de Kabbo. Era la primera vez que experimentaba una sensación tan feliz y relajada como aquella. La sensación de paz y serenidad inundaba y caldeaba la visión entera. Y mi alma, hasta aquel día desconocida para mí, se volcó lentamente sobre la imagen de Kabbo, fundiéndose con ella, sintiendo el vértigo emocionante de atravesar el mundo de todo aquello que creemos real para entrar en el que también existe aunque no se vea y no se toque, el que hay detrás de vuestros sueños, el que sólo podréis visitar si alguien que os quiere os invita a pasar.

Kabbo me invitaba a su mundo, y yo no lo desaproveché. Atravesé el umbral de los sueños para descubrir ante mis ojos, de manera increíble, un paisaje nunca visto, creado por grandes dunas rojas que formaban una cadena de montañas naranjas recortadas por un cielo azul denso y brillante. La atmósfera vaporosa que acompañaba mi viaje se desvanecía rápidamente ante mis ojos y emergía, en cambio, un ambiente limpio y transparente que presionaba los oídos con un silencio abrumador, alterado de vez en cuando por el ligero movimiento de una brisa sutil. Intentaba oír el lejano murmullo de la televisión que siempre se colaba en mi dor-

mitorio, pero no lo oía; sólo percibía el ligero zumbido del aire caliente que se arremolinaba a mi alrededor en un paisaje desértico imponente.

La comunión con Kabbo había transformado la realidad de mi habitación y me había transportado a un lugar desconocido y sorprendente que tomaba la forma de un paisaje desértico y cálido, inundado de luz. ¿Sería un sueño? Quizá sí. Pero no me lo parecía. En cualquier caso, no era un sueño normal, porque lo veía todo como una espectadora privilegiada a la que le han permitido entrar dentro de una película.

Todo aquello pasaba sin pensar, sin preguntarme si era verdad o no, sin razonar nada, sin analizar; en silencio, paz y quietud mental totales. Simplemente estaba pasando, lo sentía. Sentía que, de estar en comunión con Kabbo, había pasado a estar en comunión con su paisaje, con su mundo, el mundo de las montañas, los desiertos y las sabanas de África, de los animales, los árboles y las plantas que hablan, el mundo de sus antepasados que él añoraba.

Aquel lugar era increíble, fascinante, de una belleza insuperable, un lugar que nunca había visto. Su atracción era tan fuerte que sentí el impulso de tocarlo. Estiré el brazo para hacerlo, para comprobar si un gesto de mi cuerpo podía confirmar o desmentir aquel extraño encantamiento, y lo confirmé. Perdí mi condición de espectadora y me di cuenta de que, efectivamente, estaba dentro de una nueva realidad...

«¡Estoy aquí! ¿Cómo ha sucedido? ¡Estoy aquí, en el desierto!» Me miré y me toqué la ropa, y no llevaba el pijama sino mi camiseta naranja preferida, unos pantalones pirata con bolsillos, unas deportivas de suela gruesa, un chaleco lleno de bolsillitos que guardaban lápices, cuadernos, una cámara de fotos... Sí, mi cámara de fotos también estaba allí, conmigo, colgando de una cinta con mosquetón alrededor del cuello. Por arte de magia, alguien se había ocupado de

proporcionarme unas cuantas cosas que me serían útiles para visitar el mundo de Kabbo.

¡Era increíble! ¿Qué más llevaba? Una gorra; sí, una de mis gorras, y una mochila ya colgada a la espalda, la mochila de ir de excursión... Me toqué la cara, me froté los ojos, me pellizqué las mejillas, sacudí la cabeza. ¿Era real o era un sueño? ¿O era acaso un sueño real? ¿De verdad estaba en el desierto? ¿Qué hacía allí?

Me agaché para tocar la arena lentamente, temerosa de que la respuesta pudiera ser inconveniente y me despertara de golpe sobre la cama de mi dormitorio, de vuelta a casa. Pero no: hundí los dedos en la arena roja del desierto y noté su tacto granulado, su calor. El puñado de arena se escabullía entre los dedos y caía al suelo demostrando que tanto el suelo como el cielo y el aire que respiraba eran totalmente reales. Aquello estaba pasando, aquellas dunas existían de verdad.

26

De pronto, el oído me advirtió de un ruido lejano que iba imponiéndose al silencio que me rodeaba. Escuché con atención para averiguar de qué se trataba, y lo único que conseguía sacar en claro es que iba en aumento. Por delante, por detrás y a los lados no se veía nada, ni un alma que pudiera provocar aquel fragor sordo y distante, pero el sonido se amplificaba cada vez más. Venía del otro lado de una gran duna. El instinto me aconsejó buscar un lugar donde esconderme por si había complicaciones.

Pendiente del ruido, que continuaba aumentando más y más, decidí tumbarme sobre la arena, esperando que, fuera lo que fuese, pasara de largo sin descubrirme. Finalmente apareció una vieja camioneta 4x4 que removía la arena con sus gruesos neumáticos de goma. El motor hacía un ruido ensordecedor, prueba de que hacía un gran esfuerzo para abrirse paso por un paisaje tan incómodo para conducir. Cuando estuvo un poco más cerca, me fijé en el conductor.

Dentro de la cabina había una mujer joven con camisa caqui y cabellos oscuros despeinados, concentrada en cada palmo de tierra que avanzaba. No distinguía su expresión, pero me daba la impresión de que tenía unas facciones agradables, y no parecía preocupada por atravesar aquel lugar tan virgen e inexplorado. Probablemente lo conocía bien porque, si no, seguramente habría ido más despacio, y la verdad es que iba muy deprisa.

En la parte de carga de la camioneta, tras la cabina, transportaba una gran variedad de plantas de tamaños diversos que se agitaban rabiosamente cada vez que el vehículo daba un bote, un giro o un acelerón brusco. Al poco rato, se precipitó por un fuerte desnivel y saltó unos cuantos metros hasta hundir la panza contra el suelo, y una de las plantas que iba atrás salió disparada fuera del vehículo y cayó sobre la arena. La maceta había salido proyectada con la fuerza de todo su peso y, al caer al revés, aplastó el tallo, la punta y los pétalos contra el suelo; pero, de pronto, ¡hop!, por arte de magia, la maceta se revolvió y la flor se enderezó, como si hubiera un muelle invisible que las pusiera en pie.

27

Me quedé boquiabierta admirando la habilidad de aquella planta que, a pesar de haber sido lanzada fuera del vehículo, no había quedado aplastada bajo su propio tiesto, sino que había conseguido enderezarse como si nada. El magistral número circense de la flor me distrajo y me maravilló de tal manera que no reaccioné a tiempo para advertir a la conductora de que había perdido una de sus flores. Cuando quise hacerlo, el vehículo ya estaba demasiado lejos para hacerle señales y detenerlo. ¡Mejor! Quizás aún no era el momento de darme a conocer en aquel país.

Poco después, otra cosa me llamó la atención. En el mismo lugar por donde había aparecido el vehículo, tras la gran duna, el cielo empezó a oscurecerse en cuestión de pocos segundos. El cielo, hasta entonces azul y transparente, fue

volviéndose gris y espeso, invadido por ráfagas de aire que se agitaban caóticamente por todas partes. Enseguida vi lo que ocurría: una gruesa columna de aire y arena, que se movía girando sobre sí misma a gran velocidad, crecía y se acercaba a la flor. No sé si era un tornado porque, según me han dicho, los tornados bajan en espiral de muy arriba y tienen forma de embudo larguirucho. Éste que yo veía era, en todo caso, un tornado muy especial, porque era más ancho por la base que por arriba, como un embudo girado del revés. No era extraño que cambiara el color del cielo, ya que la enorme turbulencia levantaba arena y la lanzaba en todas direcciones.

Una vez más, el instinto me dijo lo que tenía que hacer, protegerme, si no quería que el embudo boca abajo me absorbiera con su viento descontrolado, de modo que me acurrulé allí mismo, esperando que la tormenta pasara de largo.

28

Pasaron unos minutos interminables en los que oí el aullido del viento y la furia de los granos de arena chocando en todas direcciones, enturbiándolo todo, impactando ruidosamente contra mi ropa y mi mochila, clavándome agujas en los brazos, en la cara y en las piernas. Era una tormenta en cierto modo un poco impertinente, como si quisiera vanagloriarse de su poder de molestar. Si alguna vez os proponen ponerlos en medio de una tormenta de arena, más vale que busquéis otras maneras de pasar el rato, porque puede resultar muy desagradable. Lo digo con suficiente conocimiento, porque aquella tormenta fue creciendo y creciendo hasta convertirse en una nube irrespirable, causándome una gran angustia.

Fue tan molesto y desagradable que, finalmente, tuve que gritar «¡Baaaaaasta!». Mi grito fue tan fuerte y enérgico que los granos de arena se detuvieron de golpe, se agruparon creando una bola que quedó suspendida en el aire, formando

una gran masa compacta, y, ¡hop!, explotó en todas direcciones, provocando una lluvia final de granos de arena sobre el desierto. ¡Genial! ¡Había sido genial! Como un cohete de fuegos artificiales, pero con un único color: el rojo. Me eché a reír, muy contenta. Aquella era la prueba de que me encontraba en un lugar maravilloso, donde las cosas podían ocurrir no por las leyes de la física sino por las de la magia.

## CAPÍTULO 3



*M*e lo estaba pasando estupendamente pero, allí abajo, a unos cuantos metros de distancia, había una flor a la que quizá no le hubiera hecho ninguna gracia caer abandonada en medio del desierto y soportar una tormenta de arena con fuegos artificiales. Dejé de reír, me sacudí toda la arena que me cubría de pies a cabeza y decidí salir de mi escondrijo e ir a buscarla.

De lejos parecía una flor de pétalos amarillos, pero no estaba segura. Quién sabe si en un mundo como aquel las cosas son realmente lo que aparentan ser. Me acerqué silenciosamente.

—¡Aaaaaachííííss! —estornudó con estrépito.

—¡Salud! —respondí yo.

Ella no hizo caso a mi saludo, sino que se agitaba con fuerza y se sacudía los granos de arena como haría cualquier persona después de cubrirse de polvo. Era una flor con cinco pétalos amarillos anchos y gruesos, con una corola marrón que parecía que tuviera ojos para ver y boca para hablar. El tallo que sostenía la cabeza de la flor era en cambio de color verde, estrecho y larguirucho, con sólo cuatro hojas verdes, dos que le nacían en la base y dos más a media altura, y las movía como si fueran los pies y las manos de un cuerpo delgado. ¿Qué extraña criatura era la que tenía enfrente? Se me ocurrió preguntar:

—¿Eres una flor del desierto?

—Desgraciadamente, ahora sí que lo soy.

—Entonces podrías ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿Ayudarte a qué, si se puede saber? —replicó con una ironía que me demostraba que era un ser sensible dotado de personalidad.

¡Tenía tantas preguntas que hacerle! Os podéis imaginar cuántas, ya que acababa de llegar. Pero tampoco quería demostrarle que era una recién llegada, que acababa de aterrizar en el desierto, ya que quizás eso le provocaría un cierto recelo. Por lo tanto, pensé que lo mejor era ir paso a paso y pedirle que me ayudara a investigar.

—Estoy haciendo una investigación —dije, con cierta solemnidad.

—¡Ah! ¡Muy bien, muy bien! Así que una investigación, ¿eh? —respondió ella, burlona—. Me alegra saber que alguien está ocupado investigando. ¿Y qué investigas, si se puede saber?

34 —¿Por qué existes en un sitio como éste? —me decidí a preguntarle directamente.

—¿Por qué existo? —repreguntó, muy sorprendida.

—Sí. ¿Por qué estás aquí?

—Todos existimos por la misma razón: para que venga alguien y nos riegue de vez en cuando. —Y añadió, con un tono de cierta exigencia—: Por cierto, estaría bien que alguien se ocupara de mí.

—Bueno, pues ahora mismo traeré una nube para que te riegue —dije yo, totalmente decidida a ayudarla.

Levanté la vista, vi una pequeña nube en un rincón lejano del cielo y le grité:

—¡Eh, nube! ¿Qué haces ahí arriba tomando el sol? ¿No ves que aquí en el desierto hay una flor?

Y la nube, al ver que la llamaban, se desplazó hasta encima de las dos y de pronto hizo que lloviera. Después del chaparrón, la flor se abrió, se hinchó y se puso preciosa. Yo la miré un rato muy atentamente, y después dije:

—Ya lo he entendido, ya sé por qué existes, pero yo en cambio no he crecido ni me he vuelto más hermosa.

Y la flor respondió:

—Eso es lo que tú te crees. Yo que te miro desde aquí abajo he visto como tu corazón crecía.

—¿De verdad?

—Los efectos a veces no son inmediatos, pero ya me lo dirás.

Pensé que lo que decía la flor tenía sentido. ¡Cuántas veces pasa que cualquier cosa que hacemos no tiene un efecto inmediato! Por tanto, muy probablemente tenía razón. Seguro que era una flor con experiencia. Pero yo no podía quedarme con ella. Si había venido a la África de Kabbo era para buscar, investigar, seguir pistas que dieran sentido a aquel viaje. Tenía que ponerme en marcha.

—Gracias, flor. Será mejor que me vaya antes de que vuelva a llover.

—¿Qué? ¿Ya te vas? ¡Vaya, hombre! De acuerdo, vete, vete deprisa, no sea que venga una gran tormenta y se lo lleve todo por delante —dijo la flor con indudable cinismo y malhumor.

Pero ¿qué podía hacer yo sino moverme y buscar un camino por el que seguir adelante? No podía cargar con la flor, era demasiado pesada con su maceta de cerámica. Era mejor avisar a alguien para que fuera a buscarla. Y eso es lo que pensé que haría.

—No te preocupes. Alguien vendrá a buscarte muy pronto. ¡Mientras tanto, te deseo buena suerte!

—¡No necesito la suerte para nada! —replicó, enojada—. ¡Lo único que necesito es un poco de humedad!

Y en aquel momento, cuando yo ya había arrancado a caminar unos pasos, la pequeña nube que antes había descargado sobre nosotras lo volvió a hacer, pero esta vez con más furia, desplegando una densa cortina de agua, respondiendo

a los deseos de humedad de la flor. Claro que, en cuanto a humedad, la nube había exagerado mucho la dosis. Era la prueba de que la magia, en aquel país, tenía un sentido del humor más que evidente.

—¡Eh! ¡Humedad! ¡Sólo había pedido humedad! —suplicaba ahora, empapada.

36 Aquel chaparrón ayudaría a la flor a mantenerse saludable unos cuantos días más. Yo no me detuve. Empecé la ascensión de la duna para tener una visión general del lugar y explorar los caminos que tendría que seguir. Caminaba con esfuerzo, hundiendo los pies en la arena a cada paso, manteniendo el equilibrio sobre la línea estrecha y sinuosa que perfilaba las dos vertientes de la duna, y me preguntaba: «¿Y en mí? ¿Habrá tenido efecto en mí la magia de la lluvia?». Para comprobarlo, me toqué el corazón con la mano. Quería saber si, tal como aventuraba la flor, el corazón crecía realmente, pero la verdad es que yo no notaba ningún bulto ni ninguna molestia. Lo único diferente era que se sentía un fuerte latido desde el interior, bum-bum, bum-bum, bum-bum, y cuanto más me fijaba, más fuerte era; hasta que me fijé mucho; y fijándome del todo resulta que latía más fuerte que nunca, tanto que me obligaba a taparme los oídos. Así que era verdad, el corazón había crecido. No sé qué efectos o trastornos podía ocasionar aquello, pero seguro que tenía su importancia, porque..., ¿sabéis?, el corazón es un músculo que bombea la sangre y nos riega por dentro y, si un día se parase, dejaríais de vivir, de pensar, de trabajar, de escuchar, de cantar y de reír. Si no tuvierais corazón no os reiríais. De hecho, nada os haría ninguna gracia, siempre estaríais enfermos y no tendríais nada de imaginación, y nadie nunca debería estar sin imaginación. Os preguntarían: «¿Qué has dibujado hoy?». Y vosotros contestaríais: «Nada». Y aún peor, iríais por el mundo y no encontraríais nunca nada, ni una flor, ni un caracol, ni una hormiga, ni una lagartija, ni una

piedra mágica. De hecho, nunca veríais nada entre vosotros y las estrellas.

Aquellos últimos pensamientos, mezclados con la intensa tristeza que me provocaba imaginarme alguien a quien el corazón no le creciera nada, detuvieron el tiempo y mi caminata por lo alto de la duna. Los colores del paisaje se difuminaron por la irrupción de una repentina nebulosa de luz clara, indefinida; la misma claridad que me había llevado antes hasta aquel lugar mágico. A medida que la claridad lo invadía todo, notaba la sensación de volver a viajar en el tiempo a otro lugar, a otro momento, a otro yo, al yo de Barcelona.